

La lengua de las vacas

Aldara Ares



Capítulo 1

Se acercaba al final del sendero cuando los primeros rayos de sol bañaron sus sonrojadas mejillas, provocando que se estremeciese levemente por el repentino y cálido toque, desentonando con el rubor del frío matinal y la liviana escarcha que cubría la poca piel visible y las ropas invernales que la época requería.

Se detuvo brevemente para admirar el espectáculo del amanecer. A pesar de que era algo que en sus doce años de vida había visto miles de veces, sus grandes ojos de color almendra brillaban con la misma emoción de siempre, como si cada salida del sol fuera única y especial. El contraste entre los tonos dorados del sol naciente y el verde exuberante del bosque despertando a su alrededor le parecía mágico. Sentía la necesidad de absorber cada detalle como si cada oportunidad para presenciar ese espectáculo fuera un valioso tesoro que no volvería a tener ocasión de disfrutar.

El canto del gallo le recordó que era hora de volver a casa, tenía tareas que hacer en la granja y el cántaro que llevaba lleno de agua era una de ellas.

Con paso ligero, se encaminó hacia Matubre, su hogar desde siempre. A primera vista, cualquiera diría que se trataba de una zona idílica: un tranquilo pueblo rural ubicado en el valle, rodeado de suaves colinas y campos verdes. Las modestas viviendas se erigían con materiales locales como piedra y madera, otorgándoles un aspecto rústico y acogedor; contando cada una de ellas con un terreno amplio y fértil con espacio para cultivar pequeñas huertas y levantar establos donde los habitantes podían encargarse de criar y cuidar de sus animales.

El camino central del pueblo, corazón de la comunidad, era una serpenteante calle adoquinada; bordeada por antiguos árboles frondosos que ofrecían sombra en los cálidos días de verano y se encargaban de dar refugio a una orquesta de pájaros cuyos cantos llenaban el aire con melodías dulces y tranquilizadoras. A lo largo de la vía, podía observarse a los lugareños intercambiando saludos amistosos mientras realizaban sus quehaceres diarios. Algunas casas exhibían pequeños puestos donde se mostraban productos frescos de la granja, como huevos, verduras y frutas, mientras que otras exponían artesanías locales como tejidos y cestas de mimbre. El sonido de los animales se mezclaba con el murmullo de la vida cotidiana, creando una atmósfera serena y reconfortante.

- ¡Pura! ¿tan pronto y con tanta prisa? – Llamó una voz conocida. La niña disminuyó ligeramente su paso para responder a su interlocutor.

- Buenos días doctor Hugo. Tengo que darle de beber a la vaca de casa; ha pasado toda la noche sin agua, pobre animal.

El hombre de cabello cano y arrugas sonrió ante la explicación, despidiéndose con un gesto de la mano. Pura, por su parte, continuó corriendo hacia su casa, dejando una estela de vaho a su paso. Al llegar, se dirigió directamente al establo con el claro propósito de preparar el agua antes de que la vaca sintiera los efectos de la sed.

En Matubre, la subsistencia se basaba en el trueque; todos tenían algo que ofrecer y no necesitaban más aparte de lo que producían. Los hombres se ocupaban de cuidar los campos y el ganado, mientras que los niños y niñas ayudaban con las tareas secundarias cuando no estaban aprendiendo o disfrutando de su juventud con juegos.

Sin embargo, todos debían contribuir al cuidado, de una forma u otra, de las vacas del pueblo. Este animal siempre había sido la espina dorsal de las vidas de todos los residentes, teniendo dos funciones principales: parir cuando son jóvenes y dar leche cuando tenían una edad más avanzada. A la hora de atenderlas, había tres reglas de gran importancia que se enseñaban a los menores desde el momento en que eran capaces de comprender lo que se les decía.

Las reses no tenían permitido salir de los establos, ya que podrían sufrir daños fuera. Estaba estrictamente prohibido hablarles a las vacas, ya que podían desarrollar histeria si se les dirigía la palabra directamente. Finalmente, cuando una vaca estaba lista para empezar a parir, era necesario cortarle la lengua por el mismo motivo; puesto que al separarlas de sus crías las llamaban incesantemente, lo que desencadenaba en que el animal desarrollase histeria que, en última instancia, terminaba con su vida.

A Pura, sin embargo, estas reglas le parecían demasiado estrictas, pero las respetaba y cumplía porque ante todo quería que su padre estuviera orgulloso de ella. Le encantaban todas y cada una de las vacas que allí vivían, pero si tuviera que escoger una se quedaría con la suya propia: una hermosa res de origen alemán llamada Mut, de cabello rubio intenso, similar al suyo propio y que mostraba una clara felicidad cada vez que la veía. Pese a que ya tenía treinta y cuatro años, la joven había compartido su vida con ella desde su nacimiento. Aunque dejó de parir al tiempo de nacer Pura, Mut continuaba siendo su compañera inseparable, alimentándola con su leche y compartiendo un vínculo muy profundo, a pesar de nunca haberle dirigido la palabra.

Después de darle los buenos días con el tierno abrazo que era habitual entre las dos, llenarle el bebedero y darle de comer, Pura cogió el cepillo y comenzó a peinar el cabello de Mut para eliminar los nudos mañaneros y acicalarla en la medida de lo posible. Cada día que pasaba, podía ver los

efectos que el estar inmóvil provocaba en el animal; le gustaría poder ir a dar un paseo con ella alguna vez y, aunque las cadenas que la amarraban estaban viejas y oxidadas, no tenía suficiente fuerza como para romperlas y su padre era el único que tenía la llave.

A pesar de la tristeza que la embargaba, Pura siempre esbozaba una sonrisa cuando Mut la miraba, tratando de transmitirle tranquilidad en la medida de lo posible.

- Hija, al fin te encuentro. ¿Dónde has estado tan temprano?

La voz de su padre resonó mientras entraba por el portón del establo, acompañado de un par de vecinos y su hermano mayor, interrumpiendo el momento íntimo.

- Fui al río a buscar agua temprano.

- ¡Al río! ¿Por qué no tomaste agua del pozo? – inquirió uno de los vecinos sorprendido.

- Porque el agua del río es más fresca y limpia. Me gusta darle lo mejor a Mut -sentenció Pura con una sonrisa inocente mientras acariciaba a la vaca. Uno de los vecinos respondió con una risa:

- Esta niña... Como se nota la juventud, cada día que pasa más fuerte y hermosa. Bueno Samuel, nos vemos luego.

Después de que los vecinos se despidieran de su padre y se marchasen, el hermano de Pura se acercó a ella con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

- Sabes que no podemos estar con las vacas a menos que haya un adulto cerca. – le recordó con seriedad.

- Hijo, no seas duro con tu hermana. – intervino Samuel – Y tú Pura, sabes que no deberías estar aquí sola.

- Lo sé padre. Lo siento...

Con un suspiro, su padre comenzó a acercarse a ambos. Pura notó que Mut se tensaba ligeramente bajo su mano, así que decidió levantarse para ser ella quien acortase la distancia con su padre.

- Mi niña bonita, ¿no preferirías dedicarte a jugar con tus amigos?

La pequeña negó enérgicamente con la cabeza y, con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo de emoción en los ojos, contestó a su padre sin darle

tiempo a acabar la pregunta.

- Me encanta estar en el establo y cuidar de las vacas papá, lo adoro y quiero seguir trabajando aquí toda la vida.

- Me alegra oír eso cariño, saber que te has acostumbrado a esto y que lo disfrutas me tranquiliza bastante. Pero, sabes que cuando crezcas, tendrás otro tipo de tareas, ¿no?

- ¡Por supuesto! Y cumpliré con ellas tan bien como lo hago ahora, ¡ya verás!

Su padre soltó una sonora risa, tras lo cual se agachó para quedar a la altura de Pura. Puso su mano sobre el hombro de su hija y mirándola tiernamente a los ojos le dijo:

- Estoy seguro de que harás muy buen trabajo cielo. Me aseguraré de ello personalmente.

El resto del día pasó con normalidad y, aunque al principio Mut parecía algo baja de ánimos, la joven consiguió animarla en los pocos momentos que pudo estar con ella. Llegó rápida la noche y tras la animada cena con su pequeña familia, cada uno se retiró a descansar y estar preparado para el día siguiente.

Capítulo 2

En medio de la noche, Pura se despertó debido al frío inusualmente intenso. Sin poder resistirse, se envolvió en un par de mantas gruesas y se dirigió al establo. Si ella sentía el frío en casa, Mut, sin nada que cubriera su piel, debía estar en peores condiciones.

La vaca se sorprendió ligeramente por el ruido, aunque una mezcla de calma y preocupación se apoderó de ella al darse cuenta de que era la niña quien había entrado. Tras una muda discusión entre ambas, finalmente Pura consiguió cubrirla con las mantas, colándose ella bajo las telas para acurrucarse un rato junto a Mut y transmitirle algo de calor. La calidez física y emocional del contacto las hizo caer en un sueño profundo.

Antes de que amaneciera, un estruendo metálico despertó a Pura. Pudo ver a Mut intentando romper las cadenas que la ataban, mucho más agitada de lo que jamás la había visto. Se incorporó para intentar calmarla y, al retirarse las mantas, pudo ver que había sangre en su ropa, en la zona de la ingle.

Alarmada, se tapó la boca con una mano para contener un grito, temiendo alertar a su padre o a su hermano; asumiendo que la sangre era de Mut, que debió hacerse daño al sobresaltarse por despertarse junto a ella.

Salió de su ensimismamiento en el momento en que sintió a Mut, ahora liberada, tirando de ella con fuerza; llevándosela del establo tan velozmente como podía. Pura, confundida y sin saber qué hacer, se dejó llevar, consciente de que había roto una regla importante. Quería pedirle perdón a la vaca, pero no podía decirle nada.

Sabía que su padre iba a decepcionarse enormemente por lo que había hecho y, aunque quisiera, no tenía la fuerza suficiente como para hacer frenar al animal y volver a llevarla a su casa.

Cada vez era mayor la confusión que asolaba su mente por todo lo que había pasado en tan solo unos minutos y cada vez mayor su incapacidad de reacción. Escuchaba de fondo sus pies desnudos chocando contra el adoquinado y el eco furioso de los gritos lejanos de aquellos pocos vecinos despiertos para ver la escena.

Cuando Pura pudo reaccionar, la naturaleza ya las había envuelto por completo, tratando en vano de ocultarlas entre sus densas ramas, pero los jadeos agitados revelaban su presencia. Mut no disminuía la marcha y Pura no podía apartar la mirada de ella. Entonces, resonó un golpe seco y metálico en medio del bosque, seguido de un crujido. Ambas cayeron al suelo abruptamente, con Mut emitiendo un grito agónico, el más

desgarrador que Pura había escuchado jamás.

Un escalofrío eléctrico recorrió su cuerpo cuando se incorporó sobre sus rodillas y se arrastró hacia el pie de Mut, observando horrorizada el cepo que atrapaba su pata derecha. Intentó liberarla con todas sus fuerzas, pero solo conseguía infligir más dolor a la pobre res, que tiraba de ella en un intento desesperado de alejarla. Pura abrió la boca, pensando que tal vez hablar en ese momento podría traer alguna solución, pero antes de ser capaz de articular palabra, una voz familiar resonó a su espalda.

- ¡Pura! – su padre llegó corriendo a su lado, seguido por varios vecinos. - ¿Estás herida? ¿De quién es esta sangre?

Nervioso, acercó su hija al doctor que también estaba presente para que la examinase, sin darle tiempo a ella para explicarse y pedir perdón. Mientras tanto, su vaca yacía tendida en el suelo detrás de ella, rodeada por los demás residentes que se habían reunido en la escena. A pesar de los quejidos de la res de fondo, escuchó las conversaciones de los vecinos. No podía evitar mirarlos a pesar de que el médico la revisaba de arriba abajo.

- Que lástima que haya acabado así. Era un ejemplar muy bueno y con buenos genes. – Dijo uno de los vecinos, desviando su mirada hacia Pura durante un segundo. – Cada cría mejor que la anterior.

- Lo malo de la histeria es que puede darse en cualquiera de estas bestias... Es una pena, pero al menos ha tenido suficientes crías como para compensarlo.

Pura se vio obligada a apartar su atención de la conversación cuando el médico comenzó a hacerle una serie de preguntas, a las que respondió lo mejor que pudo. Sin embargo, antes de que la charla terminara, un estruendo resonó a sus espaldas, sumiendo el bosque en un silencio momentáneo que fue roto por los gritos de la joven: En el suelo yacía Mut, ya sin vida, aunque daba la impresión de que esbozaba una tenue sonrisa en dirección a la joven que; incapaz de contener su dolor y su ira, corrió hacia su padre y le golpeó, exigiendo una explicación entre sollozos por lo sucedido.

Unas manos se posaron sobre sus hombros, y al volverse, vio al doctor Hugo con una expresión desconocida en su rostro, con una mirada que nunca antes había visto en él. Era incómodo y de cierta forma, se sentía algo... sucio.

- Tengo una buena noticia para todos, y es que nuestra joven amiga aquí presente acaba de experimentar su primer periodo.

El ambiente se enrareció de repente, todas las miradas se posaron en ella, en su cuerpo, de la misma forma que el médico había hecho y una turbia sensación se apoderó de Pura; tensándose bajo el agarre del adulto. Su padre intervino acto seguido con un tono impuro y una sonrisa siniestra.

- Vaya, ya eres toda una mujer entonces. No te preocupes, Hugo se encargará de ti hoy para que estés preparada. Luego volveremos al establo para que comiences con tus nuevas tareas. Estoy seguro de que estarás ansiosa... nosotros al menos sí.

Agarró su pequeña mano y se dirigieron hacia Matubre con paso tranquilo. Pura sintió un nudo en el estómago del que no sabía cómo librarse al no comprender bien lo que estaba ocurriendo. Se volvió para ver una última vez a Mut, cuyos ojos aún conservaban un brillo que poco a poco se desvanecía mientras los primeros rayos de sol se filtraban nuevamente entre las ramas.

Sabía que no debía hacerlo, pero sintió que era su última oportunidad para decir algo y, con todas sus fuerzas, esbozó una sonrisa entre los surcos de lágrimas que bañaban su rostro.

- Gracias por todo... Mamá.